

A quien lo hallare

El expediente del náufrago

(Luis Mateo Díez, Alfaguara 1992)

ÁNGELES SIÑERIZ TERRÓN

Fermín Bustarga es un funcionario recién incorporado al archivo municipal del ayuntamiento de su ciudad. Es joven, poco ambicioso y dispuesto a desempeñar su trabajo sin buscar complicaciones. Su vida transcurre entre el trabajo y su habitación en la pensión de

doña Lina. Apenas ha tomado posesión de su plaza cuando recibe el anuncio de su ascenso a costa de la caída en desgracia de su jefe.

El Archivo es el departamento ignorado por todos, un lugar gris, un lugar de castigo al que son desterrados los funcionarios rebeldes, insumisos, conflictivos, expedientados o, simplemente, poco trabajadores. Rodeado de expedientes, fichas y carpetas, vestido con su guardapolvo, realizando búsquedas apresuradas, revisando legajos y desatando baldiques, Fermín deja pasar las horas entre estantes que, como señala el autor, "simulan los nichos de un cementerio" comparando a los archiveros con tristes enterradores. Una isla lejana en el municipio, el reino del olvido, o el almacén de la memoria inútil son algunos de los calificativos que merece el Archivo municipal.

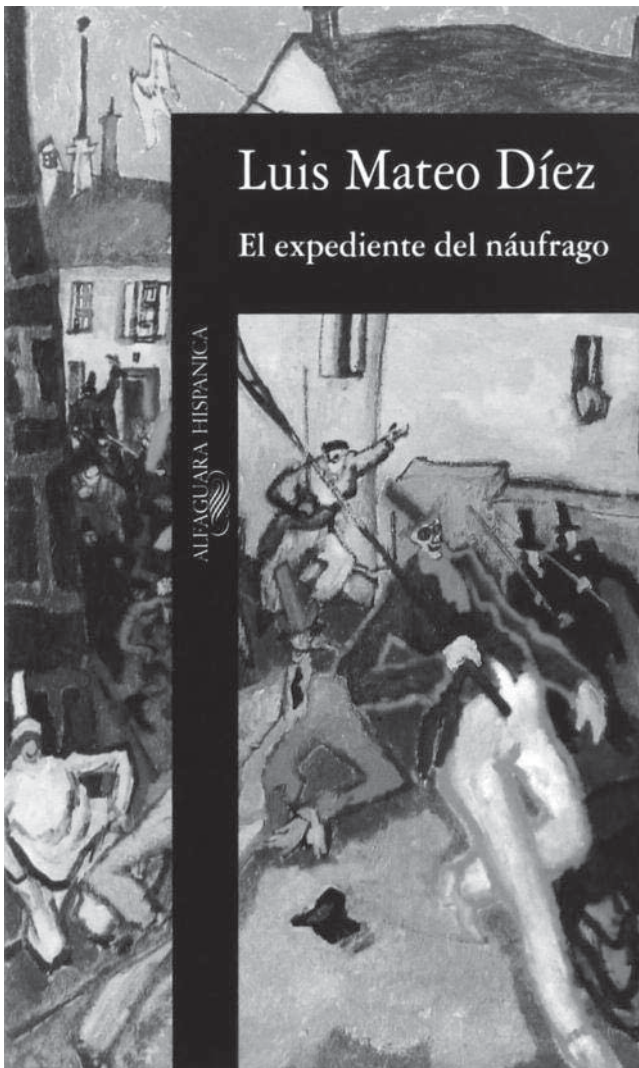
La vida de Fermín cambia cuando, de forma casual, encuentra entre los documentos de un expediente un sobre que marcará su destino. El sobre va dirigido "a quien lo hallare" y contiene un poema de Alejandro Saelices, antiguo funcionario del mismo Archivo. Pero, es posible que haya escrito más poemas y que estén ocultos en él, lo que le lleva a iniciar una nueva búsqueda.

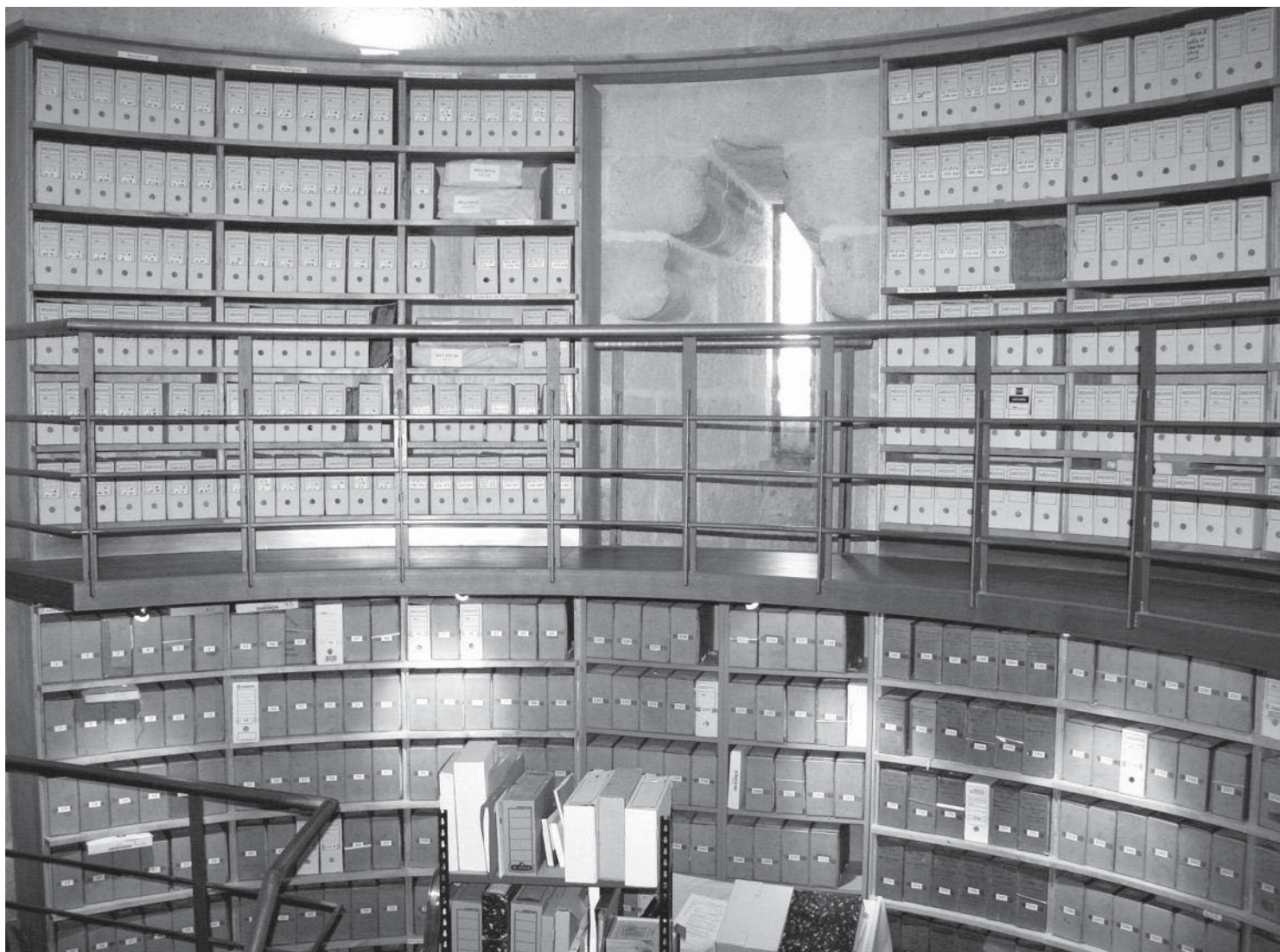
Josefa, la encargada de personal, le ayudará a estable-

cer el primer contacto con algún conocido del poeta-funcionario. Le dará también lo que ella considera consejos valiosos para evitar los peligros que lo acechan y así labrarse un buen futuro como funcionario: no debe imitar a sus antecesores en el Archivo, descuidando su trabajo o haciendo dejación de funciones; debe portarse bien, aguantar unos años y no conformarse; y tampoco dejarse engañar por las "alimañas sobradas de trienios", funcionarias a la caza de un buen partido a las que va poniendo nombre, apellido y departamento: Mavela, la de Exhortos, o Amparo, la de Fomento, "que es peligrósísima".

Sin apenas darse cuenta, se va introduciendo en el ambiente que rodeó al poeta: los bares, los cines, el barrio que acabará siendo el suyo; tratando con amigos que se convertirán en los suyos, poetas fracasados todos ellos. Alcohol, amistad y literatura se van a convertir en los tres elementos que conformen su nueva vida.

La condición de funcionario jubilado de Luis Mateo Díez, autor de *El expediente del náufrago*, le permite describir como nadie a la Administración española, rancia en más de una de sus acepciones, lenta y anclada en el pasado. De esa manera transmite con mucha precisión el





funcionamiento de la institución municipal, los hábitos del funcionariado, sus vicios y sus costumbres, y esa sensación de viejo, de antiguo, a la que contribuyen también los nombres y apellidos de los personajes: Ernestina, Obdulia, Josefa o Eloína, son los de las mujeres. Fermín, Lauro, Celso, Benigno, Baudilio, Orencio, o Genaro los de los hombres.

No hay grandes acontecimientos en el relato, ni tampoco se espera un desenlace trágico o dramático. La novela evoluciona lentamente, en un ambiente agobiante y en un tono poco realista, tocando indirectamente temas como la soledad, el maltrato o el alcoholismo. Eso sí, impecable en el lenguaje. ■

